

PÍO MOA



HEGEMONÍA ESPAÑOLA (1475-1640)

Y COMIENZO
DE LA ERA
EUROPEA
(1492-1945)



Pío Moa

Hegemonía española

(1475-1640)

y comienzo de la Era europea

(1492-1945)



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2022

© Mapas del pliego: Viajes_de_colon.svg: Phirosiberia. Wikimedia Commons;
Mapamundi con el itinerario de Magallanes y Elcano: Smarino75. Wikimedia Commons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 103

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-439-8

Depósito Legal: M-10665-2022

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Nota

Introducción. España, Europa y el mundo

I. La formación de Europa en las edades de Supervivencia y Asentamiento o «Edad media»

II. La herencia de la Reconquista

III. El humanismo español

IV. Portugal, Castilla, Navarra y Aragón

V. El país mejor organizado de Europa

VI. 1492, el año prodigioso

VII. La expulsión de los judíos y la Inquisición

VIII. Segundo viaje de Colón

IX. Revolución militar en Italia

X. El tiempo de *La Celestina* y el *Amadís*

XI. La Gran estrategia de los Reyes Católicos

XII. Muerte de Isabel *la Católica*, crisis sucesoria y muerte de Colón

XIII. Últimos años de Fernando *el Católico* y la cuestión de Navarra

XIV. Ocho semblanzas de época

XV. Nueva crisis sucesoria.

Y nuevo panorama europeo

XVI. Revolución y reforma en el cristianismo. Erasmo, Vives, Lutero, Loyola

XVII. Balance de la década de los años 20

XVIII. Conquista de Méjico y primera vuelta al mundo

XIX. *El Lazarillo*, *Garcilaso*, *Boscán*, *Valdés*...

- XX. Evolución político-militar de los años 30
- XXI. Los Pizarro y el ánimo de la conquista
- XXII. Las Casas y la leyenda negra
- XXIII. Gran ocasión perdida y nuevas guerras
- XXIV. La gran controversia sobre la conquista. Soldados, frailes, comerciantes y burócratas
- XXV. Fin de la época de Carlos, I de España y V del Sacro Imperio
- XXVI. El mundo ante Felipe II
- XXVII. Un papa ataca a España, y una bancarrota
- XXVIII. El gran concilio de Trento
- XXIX. Tormentas en Europa y avances en el Pacífico
- XXX. Granada-Chipre-Lepanto
- XXXI. Años 70. Francia y Flandes en guerra civil, y Portugal sin rey
- XXXII. La religiosidad hispana
- XXXIII. Década de victorias para España
- XXXIV. Dos batallas decisivas: Armada y Contrarmada
- XXXV. La Escuela de Salamanca
- XXXVI. Guerra en tres frentes
- XXXVII. La España de Felipe II
- XXXVIII. Al terminar el siglo XVI
- XXXIX. La *Pax Hispanica*
- XL. *Don Quijote* y *Guzmán de Alfarache*
- XLI. Guerra de los Treinta Años y fin de la hegemonía española
- XLII. La cuestión de la decadencia
- XLIII. Algunas conclusiones

Temas clave

Tres temas secundarios

Dos cuestiones

XLIV. Comentario bibliográfico

Nota

Empleo en el libro el término «oligarquía» u «oligarca» en el sentido técnico de grupo de poder, sin connotación denigratoria. El poder es propio de las sociedades humanas debido a las diferencias de intereses, sentimientos, aspiraciones, etc., que las caracterizan. El objetivo del poder es poner orden y en principio o desiderativamente justicia, e implica violencia en mayor o menor grado. En todo régimen concebible, el poder es ejercido por una pequeña minoría, encabezada generalmente por una persona, monarca en sentido amplio: no puede haber un monarca sin una oligarquía de apoyo. Este hecho no cambia en el sistema que llamamos democracia, y que es esencialmente un sistema de selección de oligarquías por medio del sufragio universal periódico. Método históricamente muy reciente, aunque con un lejano y muy distinto precedente en Atenas.

En la época que tratamos, el sistema político o de poder provenía de las invasiones germánicas que acabaron con el Imperio romano occidental. Las oligarquías de las tribus germánicas se constituyeron en la alta nobleza de los nuevos estados y naciones, es decir, en oligarquías de nobles de origen guerrero que se perpetuaban por herencia, y estrechamente relacionados con el poder religioso, el alto clero. Aunque el sistema evolucionó a lo largo del tiempo, demostró una estabilidad extraordinaria

hasta finales del siglo XVIII, cuando fue sacudido por concepciones liberales que se irían democratizando, no sin convulsiones revolucionarias.

La idea generalmente aceptada en el cristianismo era que el poder venía de Dios, lo que daba lugar a dos interpretaciones opuestas: que el monarca (con su oligarquía) gobernaba e imponía las leyes de manera absoluta, por delegación directa de la divinidad, concepción defendida en otros países, pero no en España, donde se elaboró la idea de que el poder no llegaba al monarca y oligarcas directamente de Dios, sino a través del pueblo, concepto esbozado ya por Isidoro de Sevilla en la época hispanogótica, y concretada en el siglo XVI-XVII por la Escuela de Salamanca, en particular por Francisco Suárez y Luis de Molina. Estas ideas irían empujando progresivamente a lo que entendemos por democracia, y España fue claramente una de sus cunas.

Me he permitido también ser algo reiterativo en conceptos diversos en los que apoyo una reinterpretación o reenfoque de aquella época, creo que bastante diferente de las que hasta hoy han predominado con unos u otros puntos de vista.

INTRODUCCIÓN. ESPAÑA, EUROPA Y EL MUNDO

Podemos definir como gran época de España aquella extendida entre el último cuarto del siglo XV y mediados del XVII, cuando el país dejó una huella profunda en la historia de Europa y de la humanidad, en contraste con los siglos posteriores en que la posición y acciones de España pasaron a un segundo o tercer plano, hasta hoy. Aquella época podemos deducirla simplemente por la consulta de los mapas del mundo.

Cualquier mapamundi nos informa con notable precisión de la distribución de océanos, mares y tierras emergidas en el planeta. Y nos parece algo tan obvio que no solemos reparar en que se trata de un conocimiento históricamente recentísimo, comparados con los muchos milenios de completa ignorancia humana sobre el mundo en su conjunto. Solo hace poco más de cinco siglos empezó el hombre sus arriesgadas empresas para explorar, cartografiar y hacerse una composición mental del planeta. Aquella ingente labor exigió algo también nuevo: el cruce de los grandes océanos.

Hasta finales del siglo XV la navegación seguía la línea de las costas o saltando entre tierras no muy alejadas. Los portugueses habían llegado así, contorneando África, hasta la India y las Islas de las Especias, y se habían adentrado 1.400 kilómetros en el Atlántico hasta las Azores. Pero exigía audacia especial penetrar miles de millas en el

océano sin saber qué habría al final, si es que había algo o había un final. Para el hombre común, el mar y la tierra eran planas y sin fin, pero bastantes sabios, desde el helenismo, sostenían la hipótesis de la esfericidad de la Tierra. El cruce del Atlántico se hizo pensando llegar por el oeste al extremo oriente asiático. En cambio lo que se halló fue un inmenso continente, insospechado tanto para los descubridores como para los aborígenes, y al que terminó llamándose América.

Al poco de aquel hallazgo inesperado se descubrió detrás del nuevo continente otro océano, el Pacífico, que resultaría más del doble de extenso que el Atlántico y cuya travesía fue emprendida con el mismo ánimo hasta llegar, por fin, a un oriente asiático vagamente conocido en Europa. Confirmar prácticamente la esfericidad de la Tierra exigía solo volver al punto de partida siguiendo la dirección contraria a la inicial, y esto también se hizo. Aquellas odiseas en el curso de 30 años, junto con otras muchas no menos azarosas, cambiaron la imagen del mundo, permitiendo conocer la distribución de su superficie, sus climas y mil datos más, y comunicarse unos continentes con otros. Puede decirse que marcan un antes y un después en la historia humana. Esta labor titánica y sin precedentes se debió de modo principal a iniciativas de España en el siglo XVI, que continuarían en menor grado hasta desaparecer en el XIX, ápice de la decadencia española.

Tales empresas exigían una estricta organización a bordo y en tierra, y una técnica depurada en la construcción de naves y en la orientación en la infinidad de las aguas. Los buques, prodigios de la técnica por más que hoy nos parezcan primitivas cáscaras de nuez, no dejaban de ser

inseguros ante los peligros del mar, bien certificados por los cientos de naufragios y miles de marineros ahogados a lo largo del tiempo. Pero no era solo asunto técnico: otros pueblos europeos poseían una capacidad naval equivalente, y los chinos podían construir barcos más grandes, y no carecían de estímulo económico; sin embargo unos y otros mostraron menos interés explorador. Sin minusvalorar el valor de la técnica, aquellas navegaciones fueron más bien fruto del espíritu inquieto y arriesgado de tantos exploradores y descubridores, que no pocas veces pagaron con sus vidas; y de la sociedad y gobiernos que los patrocinaban.

Si observamos ahora en el mapamundi la dispersión de las religiones, hallamos que la cristiana es la más extendida geográfica y demográficamente, con bastante diferencia sobre las demás (islam, hinduismo, budismo, etc.). Y que la rama cristiana con más fieles, es la católica, más que la ortodoxa y la protestante juntas. Esto se debe también a la acción española de los siglos XVI y XVII, tanto en Europa como en América y Filipinas. La religión ha desempeñado siempre un papel clave como núcleo generador de las culturas, aun cuando en muchos países ha sido sustituida en parte, desde el siglo XVIII, por ideologías que a su vez reúnen bastantes rasgos religiosos.

Europa fue durante siglos la principal sede de la cristiandad o continente cristiano por excelencia, y en él es relevante su distribución. Descontando algunos enclaves islámicos en los Balcanes, el catolicismo predomina en los países latinos, con fuerte influencia en países germánicos, Irlanda, Hungría y algunos eslavos, como Polonia, Croacia o Eslovenia; el protestantismo predomina en países

germánicos, con poca implantación en los latinos y eslavos. La rama implantada en la Europa eslava, más Rumania y Grecia, es la que cuenta con más adeptos, seguida de la católica y la protestante. Y esta distribución, por lo que respecta a Europa occidental, es nuevamente obra ante todo de España.

Durante la llamada Edad Media el islam había conquistado la península ibérica, de donde había ido retrocediendo, mientras que en el siglo XV el islámico Imperio turco otomano se imponía en los Balcanes, y a mediados de él hundía al cristiano Imperio bizantino tomándole su capital, Constantinopla. Las diferencias en concepción religiosa y su proyección moral, política y más ampliamente cultural entre el cristianismo y el islam son profundas y marcadas por un conflicto permanente. Caída Constantinopla los turcos buscaron dominar el Mediterráneo, en directa amenaza a Italia y a España, mientras avanzaban hacia el centro de Europa. Por ello gran parte del continente podía haberse islamizado, con el cristianismo reducido a minorías sometidas. Es llamativo que en la gran derrota cristiana de Constantinopla se haya cifrado el comienzo de la llamada Edad Moderna —más propiamente Edad de Expansión europea—, y no en el éxito transcendental que supuso el descubrimiento de América.

Hasta finales del siglo XV, todavía una pequeña parte de España estaba en poder musulmán, y su final expulsión no había acabado con la amenaza, pues la piratería berberisca se había convertido en un modo de vida en el Magreb y una plaga permanente para las costas españolas y el comercio marítimo. A su desgastadora presión se añadió entonces el empuje otomano, verdadera superpotencia de la época, que hizo de la capturada Constantinopla su capital. Sus

escuadras eran lo bastante poderosas para dominar el Mediterráneo oriental y disputar el occidental entre el Magreb y las penínsulas ibérica e itálica. En esa pugna lograron victorias que pudieron ser decisivas e impusieron un esfuerzo agónico a las potencias amenazadas.

La otra gran ofensiva otomana se dirigía desde los ya subyugados Balcanes hacia Viena y centro de Europa, tratando de rodear de paso a Italia por el norte. Convertir el Mediterráneo en un lago musulmán era un designio muy factible si no encontraba resistencia suficiente. Y fue en España, por lo dicho, por el peligro inminente y por sus dominios en Italia, en quien recayó el peso mayor por el sur y el este; contribuyendo también a rechazar a los turcos en el primer sitio de Viena. Todo ello —y eso fue muy notable— pese a la colaboración de la católica Francia, más los protestantes y anglicanos, con los turcos. Pese a todo, España logró contener la expansión islámica en Europa y el Mediterráneo, en una durísima pugna de más de siete décadas. Puede decirse que España defendió a la Europa cristiana no solo frente al islam, sino también contra diversos estados cristianos europeos.

A los embates turcos se sumaron pronto los de la revolución o reforma luterana o protestante. El protestantismo surgió en Alemania y se expandió con rapidez por gran parte de ella, luego por Escandinavia, penetrando en su forma calvinista por Francia, Países Bajos, Escocia e Inglaterra. Generó así un vasto y belicoso frente anticatólico que amenazaba seriamente a la Roma papal, situada entre los dos fuegos protestante y otomano. En la España enfrentada a Constantinopla, la acción protestante era vista algo así como una puñalada por la espalda. Sin discutir ahora los contenidos religiosos de

ambas ramas cristianas, también en este caso encontramos un mapa de distribución religiosa que debe mucho, y aun lo principal, al esfuerzo hispano.

Especial peso tenía Francia, la mayor nación de Europa occidental por su población y riqueza, e «hija primogénita» y por ella privilegiada de Roma. En ella y Borgoña habían brotado los movimientos románico y gótico, definidores culturales de la Edad de asentamiento o Baja Edad Media. Durante la primera mitad del siglo XVI, Francia había luchado con España por el dominio de Italia, eje estratégico del Mediterráneo. De haber ganado Francia, España habría quedado reducida a un puesto secundario en Europa, e Italia tal vez repartida entre franceses y otomanos. A su vez, un eventual triunfo protestante en Francia habría determinado la historia posterior en Europa occidental y exportado a Italia y España las guerras de religión, marginando el catolicismo en un Mediterráneo dividido entre turcos y calvinistas, para lo que no faltaron planes. Por ello, el compromiso con la Iglesia de Roma obligaba a España a frenar a toda costa el calvinismo en Francia. El esfuerzo resultó no menor que el requerido frente a turcos y berberiscos, pero finalmente contuvo también el avance protestante. Claro que la decisiva contribución hispana a salvar el catolicismo francés, no iba a redundar en una mayor simpatía entre los dos países.

La acción en defensa de la Europa católica no se dio solo en el terreno político, militar y diplomático, pues incluyó una intensa labor intelectual para reformar una Iglesia aquejada de gruesas corrupciones, y para delimitar las tesis protestantes. Esta labor culminaría en el concilio de Trento, cuya convocatoria requirió pacientes presiones de España sobre el mismo papado, a veces reticente. Trento

asentaría la doctrina oficial católica para varios siglos.

A los frentes mediterráneo y continental debe añadirse el atlántico contra la piratería y hostilidad francesa, inglesa y calvinista, que motivaría el desastre de la Gran Armada, si bien compensado por la casi inmediata y abrumadora derrota inglesa en Lisboa. Un empeño tan prolongado y descomunal debía agotar incluso a una superpotencia, y España no lo era: más ricas y pobladas eran Francia, Alemania o Italia, no digamos el vasto Imperio otomano, y con más densidad Flandes, también Inglaterra. España debió recurrir a alianzas, en particular con la parte católica del disfuncional Sacro Imperio Romano Germánico (alemán de hecho), a reforzar los impuestos interiores hasta un grado agobiante y al oro y la plata del recién descubierto Nuevo Mundo. En tan arduas circunstancias, España forjó en América e islas del Pacífico el primer imperio transoceánico de la historia, sostener el cual exigía una singular destreza organizativa, militar y jurídica.

Volviendo al mapamundi, no menos relevancia tiene la distribución de las lenguas. Observamos enseguida que la española se habla también en la mayor parte de América, con enclaves menores en África y en Asia, más restos (sefardí) en algunos puntos de Oriente Próximo. Después del chino es la más hablada del mundo, con cerca de 600 millones, o la tercera si atendemos a la amplitud del inglés como segunda lengua. Y es la más extendida de las latinas, con gran diferencia. Siendo el idioma el nervio de una cultura, el español, de origen castellano pero al que han contribuido todas las regiones hispanas y muchos países, conforma un ámbito cultural e internacional propio, pese a su notable diversidad interna. Solo hay otros cuatro

ámbitos comparables en su internacionalidad: el inglés, el árabe, el portugués y el francés. Otras lenguas muy habladas (chino, hindi, ruso, bengalí, japonés...) rebasan poco las fronteras de sus naciones de origen.

No entramos ahora a estimar el valor de esas lenguas como productoras de cultura, sea en literatura, pensamiento, ciencias, técnica o humanidades, terrenos en que salta a la vista la actual primacía del inglés. Baste ahora constatar dos cosas: la inmensa importancia y posibilidades culturales que ofrece por sí sola la extensión del idioma; y el origen de ese ámbito hispano en los siglos XVI-XVIII. En los cuales, además de las navegaciones, exploraciones y conquistas, la propia España vivió una intensa y original eclosión literaria, (desde el *Quijote* a la poesía mística o la picaresca), y lo mismo en pintura o arquitectura, junto con avances clave en derecho internacional, concepción del hombre como ser con libre albedrío, leyes muy avanzadas, pensamiento teológico, económico y político, inicios de pensamiento científico, técnicas de navegación o de minería, estudios etnográficos y botánicos... Lo cual hace más chocante la posterior pérdida de impulso y originalidad.

Ha habido imperios o invasiones con gran efecto político pero mucho menor cultural. Así, los escandinavos incidieron en la formación de España, Rusia e Inglaterra, pero sus contribuciones a la cultura europea fueron escasas y más bien destructivas. Lo mismo cabe decir de los imperios procedentes de Asia central o, en menor medida, del otomano. Muy distinto fue el caso hispano, pese a lo cual ha recibido mil denuestos historiográficos y literarios, incluyendo españoles de la decadencia. El

filósofo Julián Marías expuso con sorna tales desenfoques: «Incluso en libros que estudian la ‘preponderancia’ o la ‘hegemonía’ española se acumulan desde el principio los factores negativos que la hubieran hecho imposible: pobreza, despoblación, ociosidad, orgullo nobiliario o pretensión de hidalguía, fanatismo religioso, eliminación de los únicos habitantes diestros y eficaces (judíos y moriscos). Si esto es así, ¿cómo en pocos decenios, es España la primera potencia de Europa, con dominio efectivo sobre enorme porción de ella; cómo descubre, explora, conquista, puebla, organiza, incorpora a su monarquía una inmensa porción del mundo hasta entonces conocido?». Cabría añadir, ¿cómo genera una cultura tan densa y variada bajo el dominio de una Inquisición tildada de oscurantista y ferozmente represiva?

Ya trataremos este llamativo fenómeno, pero baste recordar de entrada algunas evidencias: a) América fue colonizada principalmente por españoles y anglosajones: en la parte anglosajona los aborígenes fueron exterminados o reducidos a «reservas»; en la española, con alguna excepción, permaneció una vasta población indígena y surgió otra no menor mestiza. b) Por tres siglos el imperio español seguiría creciendo y con él el catolicismo, las universidades y la imprenta, nuevas ciudades, a menudo de gran belleza y racionalidad, vastas infraestructuras, rutas y caminos terrestres y navales que comunicaron a pueblos variados y hasta entonces mutuamente ignorantes. c) Difirió de los posteriores imperios europeos, pues no fue propiamente colonial ni esencialmente mercantil, y resultó uno de los más pacíficos internamente de la historia. En qué medida algunos de sus rasgos pudieran servir a la difícil convivencia humana en nuestro siglo, es cuestión

abierta.

Los hechos revelan que la impronta de España en la historia humana entre finales del siglo XV y mediados del XVII ha sido objetivamente excepcional. Su balance, se lo contemple con ánimo favorable u hostil, resulta fascinante porque provino de una nación que, como queda dicho, no era la más rica o poblada de Europa; porque tuvo que combatir durante siglo y medio y en varios frentes a enemigos políticos, militares y culturales tanto o más poderosos que ella; y por el marcado contraste con la posterior decadencia, progresiva hasta nuestros días con algún repunte temporal. Así, en el siglo XVIII España retuvo su rango de gran potencia pero con una parcial satelización a Francia en los órdenes político y militar, y decisiva en el cultural. Desde la invasión napoleónica de principios del XIX, el país ya perdió por completo su rango de gran potencia en cualquier plano, con una historia un tanto lúgubre de guerras civiles y pronunciamientos castrenses, sin apenas influencia ni prestigio exterior. Y en el siglo XX, con la parcial recuperación de la época de Franco, el país sufrió fuertes tensiones separatistas, terroristas y totalitarias, aún hoy persistentes.

¿A qué se debió entonces la prolongada hegemonía hispana? Parece claro que tuvieron en ella un papel la organización interior, que le permitió utilizar sus recursos con mayor eficiencia, junto con un espíritu esforzado, inteligente, inventivo y arrojado, que no ha vuelto a alcanzarse en España desde entonces. Aquel espíritu y organización nacieron con los Reyes Católicos. El objeto de este estudio es precisamente tratar de entender y explicar cómo ocurrió todo ello.

I. LA FORMACIÓN DE EUROPA EN LAS EDADES DE SUPERVIVENCIA Y ASENTAMIENTO O «EDAD MEDIA»

La historia de Europa occidental comienza con la victoria de Roma sobre Cartago en la II Guerra Púnica, de 218 a 201 a.C. A partir de ella, el Imperio romano llegaría a abarcar todo el entorno del Mediterráneo y la mitad sur de Europa. Por lo que hace a España, conquistarla exigió a Roma costosas y largas campañas, pero la romanización a lo largo de seis siglos homogeneizó al país en lengua, religión, derecho, costumbres, urbanización e infraestructuras, desde acueductos hasta la extensa red de calzadas por la que circulaban el comercio, las tropas y las migraciones internas. Las viejas divisiones idiomáticas y tribales se desvanecieron y, con excepciones menores, la península se latinizó a fondo. La romanización es el hecho cultural decisivo de España, que en lo esencial perdura hasta hoy y la define como país latino, al igual que Francia, Italia, Portugal o Rumania.

La amplitud del Imperio obligó finalmente a dividirlo en dos, el de Occidente, de lengua latina y sede en Roma, luego en Milán y Rávena; y el de Oriente o bizantino, de lengua griega y sede en Constantinopla. El primero se derrumbó en el siglo V. En 410, los visigodos saquearon Roma, suceso pavoroso que sacudió a todo el imperio, como premonición de su fin próximo. Cuatro años antes vándalos, suevos y alanos habían cruzado el Rin, devastado

la Galia, y llegado a Hispania. El poder romano, cada vez más ficticio, se sostuvo todavía explotando rivalidades entre los bárbaros, hasta finar en 476 con la destitución del último emperador. El imperio de Oriente subsistiría un milenio más.

Se han debatido mucho las causas del catastrófico derrumbe de una estructura política, económica y militar colosal, que había resistido mil pruebas durante casi siete siglos. Algunos lo achacaron al cristianismo, oficializado en 380, que habría castrado el enérgico espíritu pagano. Otros lo atribuyen a causas económicas como los impuestos ruinosos para mantener un estado demasiado grande; o a pérdida de antiguas virtudes militares; o a varios fenómenos de descomposición interna. El dato visible es que la defensa de unas fronteras enormemente dilatadas, sometidas a la presión de pueblos hostiles, terminó por quebrar a Roma, tanto financiera como físicamente. Y que su caída marcó para Europa el paso a una era profundamente distinta de la anterior.

Las oleadas de invasiones germánicas y asiáticas produjeron una vorágine de violencia, inseguridad y pobreza, ruina de ciudades y destrucción de infraestructuras, bibliotecas y otros signos de civilización. El poder se dispersó en belicosos y precarios reinos o imperios bajo las oligarquías de los vencedores. Los cuales, antes de tener tiempo de asentarse, sufrieron desde el siglo VIII nuevas oleadas invasoras, de musulmanes por el sur, luego de vikingos por el norte y de magiares por el este, complementadas con guerras internas.

A los siglos tras la caída de Roma se les ha llamado «Alta Edad Media», expresión que he propuesto sustituir por la más descriptiva «Edad de Supervivencia», pues en ella

pudo perecer en embrión la que llamamos civilización europea. A las turbulencias bélicas se sumó, en sus últimos siglos, un peligro aún mayor de implosión en el mismo centro católico, por la mayor degradación que haya vivido el papado bajo facciones criminales de la nobleza romana. Entre unas cosas y otras, la Iglesia, y con ella la civilización europea, pudo haberse desplomado o quedado en residual, como ocurrió en Oriente Próximo y norte de África. Si no fue así se debió ante todo a la acción misionera, a menudo heroica, de los monasterios —irlandeses y sobre todo benedictinos—, y a las orientaciones de Isidoro de Sevilla. Los monasterios, focos de civilización en un mar de barbarie, lograron cristianizar a gran parte de los invasores. Como fruto de su tenacidad, hacia el final de esta edad casi toda Europa profesaba el cristianismo y se asentaba la que llamamos civilización europea.

El cristianismo descendía del judaísmo, pero rompía con él en puntos esenciales: la Ley de Moisés fue abandonada, y la noción de pueblo elegido sustituida por el universalismo. La imagen de la divinidad cambiaba del Yahvé celoso y vengativo de la Biblia a un Dios amoroso que sacrificaba a su Hijo —a sí mismo—, por redimir al hombre de sus pecados. Al resucitar «al tercer día» del sacrificio, el Hijo de Dios marcaba a los humanos la vía de su propia resurrección ultraterrena. Esta otra vida, donde los humanos recibirían el premio o el castigo eterno según su fe y conducta en la tierra, era crucial en el cristianismo y solo esbozada en el judaísmo. El mesías político hebreo cambiaba a puramente espiritual. El cristianismo también simplificaba las minuciosas regulaciones de conducta judías. La Biblia hebrea, compilada por diversos autores a lo largo de siglos, permanecía como libro sagrado y

«palabra de Dios», pero se completaba con un «nuevo testamento» de cuatro relatos sobre la predicación y muerte de Jesús, y sobre las predicaciones de sus discípulos, especialmente la *Cartas* de San Pablo, que dotaban de doctrina a la nueva religión.

Para predicar y mantener el espíritu y los valores cristianos, la Iglesia contaba con una jerarquía de sacerdotes, monjes y obispos, a cuya cabeza figuraba el papa con sede en Roma. Esta diferencia con otras religiones y culturas en que la religión se halla más integrada o indiferenciada con el poder, introducía una distinción entre «Dios y el César» y con ella una tensión a menudo conflictiva entre ambos, que ha dado a la cultura europea su inquieto dinamismo intelectual. Suele verse en esa tensión el germen de la libertad personal y política que marcarían a la civilización europea más fuertemente que a otras.

El cristianismo europeo se dividía en las ramas latina o católica («universal») y la griega u ortodoxa («auténtica» o «correcta»). Las diferencias entre ellas no eran grandes, pero a efectos prácticos la Iglesia ortodoxa, con sede en Constantinopla, rechazaba la primacía de Roma, estaba más supeditada que la latina al poder imperial, y se había extendido por países eslavos, notoriamente Rusia, que tras la caída de Constantinopla descollaría como gran potencia. En la parte romana habían fracasado los intentos de unificación política bajo un imperio católico, si bien existía un llamado Sacro Imperio Romano Germánico (en adelante Sacro Imperio), mucho más germánico que romano. En él debían armonizarse los poderes político y religioso, pero la realidad distaba de tal armonía. Al este de ese imperio eran católicas Polonia y Hungría, y al oeste las naciones

atlánticas desde Escandinavia a Hispania.

La religión suele ser atendida de modo marginal por los historiadores, que prefieren buscar en la política y la economía el hilo explicativo de los sucesos. Sin embargo bien puede considerársela el núcleo generador de las culturas, y así la estiman los más diversos pueblos, al menos hasta la época de las ideologías surgidas de la Ilustración europea del siglo XVIII. Externamente, el papel de la religión se percibe en la importancia de los ritos públicos y en la presencia de los templos y edificios religiosos como las construcciones más notables y en las que más deliberadamente se busca la belleza. Hasta los pueblos más primitivos suelen tener lugares sagrados, objeto de peregrinación y culto a poderes espirituales que gobiernan al hombre de un modo difícil de discernir, y dan a la conducta humana una especie de sentido. Así, las religiones tendrían una raíz común, por más que haya generado diversas y hasta opuestas creencias, ritos, costumbres y conductas.

Las ideologías suelen entender las religiones como artificios fantásticos nacidos de la ignorancia atemorizada y de la impotencia tecnológica; o bien como engaños de grupos explotadores para mantener sumisas a sus víctimas. Ello, sin embargo, no explica la potente creatividad de tales creencias en arte, ciencia y pensamiento, sostén de los órdenes sociales y de cierta serenidad anímica. Las ideologías tienden a sustituir la fe en divinidades por la fe en la razón y la ciencia, suponiendo a estas el poder de explicar, dictar y dar sentido a la conducta humana de forma unívoca y necesaria, generando así culturas superiores a las religiosas. Siendo la razón, presuntamente,

el rasgo definitorio del ser humano, la veneración de ella lo sería del propio hombre y sus capacidades, es decir una especie de autoadoración o autoculto.

Paradójicamente, ese autoculto sitúa a la razón fuera del hombre, como un espíritu que debe regirle. El cual no ha engendrado las esperadas conclusiones universalmente válidas y necesarias, sino ideas diversas y opuestas, como las achacadas a la religiosidad. Ha producido asimismo sus propios ritos y centros de irradiación. Cabe pensar que religiones e ideologías nacen de la inquietud o angustia del hombre por su destino, angustia precisa de calma para afrontar los esfuerzos vitales, incertidumbres y fin individual en la muerte. Pese a mantenerse ese destino inasequible a su razón e imaginación, las elaboraciones religiosas e ideológicas asumen mejor o peor la mencionada función calmante, generadora de cultura, propias de las sociedades humanas. La evolución última de la civilización europea desde el siglo XVIII podría describirse como una pugna entre las ideologías y el cristianismo, habiéndosele sumado incrustaciones islámicas desde finales del siglo XX.

Aparte del cristianismo, la Edad de Supervivencia dejó un legado político originado en las invasiones germánicas, recogido, suavizado y teorizado por la Iglesia: monarquías o imperios apoyados sobre oligarquías nobiliarias a menudo levantiscas, y en el aparato eclesiástico. Los nobles y el alto clero admitían en un principio casi exclusivamente a jefes de origen bárbaro, dueños de vastos latifundios y señores de territorios extensos. Aunque la esclavitud fue bajando, la masa de la población se componía de campesinos, protegidos por la nobleza a cambio de una mayoritaria

servidumbre con escasos derechos. Los nobles aseguraban una justicia primaria, los caminos y el comercio, cobraban impuestos más o menos pesados y mantenían (o rompían) la paz. Entre ellos había niveles, desde los magnates a la baja nobleza que vivía con pocos medios o al servicio de la alta. Algo similar ocurría con el clero, si bien este incluía, salvo en sus máximas jerarquías, a personas de todas las capas sociales. Entre el campesinado y los nobles existía una capa intermedia de artesanos, comerciantes y en general habitantes de las ciudades. En este sistema, llamado estamental, cada persona permanecía toda su vida en el estado social o estamento en que había nacido, salvo por una limitada promoción hacia arriba a través del dinero y el clero, y hacia abajo, por ruina de potentados o derrota bélica.

El sistema recuerda al de castas establecido por los arios en la India, con su división sacralizada en clérigos, guerreros y trabajadores (*oratores, bellatores, laboratores*), con leyes particulares o privilegios. Los *oratores* debían asegurar la religión y la moral, ayudar a los menesterosos y sostener escuelas ligadas a monasterios u obispados. Miles de personas poblaron, generación tras generación, los cientos de monasterios que salpicaban el continente. Con sus votos de pobreza, castidad y obediencia, se sometían a una disciplina y organización racional que rompía la rígida separación de tareas: *ora et labora* según el lema benedictino. Los monasterios ampliaron los cultivos, sanearon pantanos, mejoraron las técnicas agrícolas, artesanales y hospitalarias, y estimularon el comercio. No menos importante, conservaron o crearon bibliotecas, copiaron obras clásicas, y algunos fueron influyentes centros intelectuales. La organización en obispados, a

veces belicosos, formó un aparato paralelo al poder político y también racionalizador de la administración.

Los *bellatores* justificaban sus privilegios en un código de honor que les obligaba a jugarse la vida por mantener la paz interior y la defensa exterior, si bien solían ver en la guerra una virtud más que un mal, por inercia pagana. La religión germano-escandinava, densamente pesimista, daba un papel especial a los guerreros, que en otra vida ayudarían a los dioses a luchar contra las fuerzas del mal, las cuales prevalecerían finalmente en una batalla cósmica que destruiría el mundo (*Ragnarök* en el mito escandinavo). La imagen recuerda al *Apocalipsis* cristiano, salvo que este señalaría el triunfo definitivo del bien. La Iglesia predicaba la paz y el amor fraterno, pero es dudoso que hubiera sobrevivido, a pesar de los monasterios, sin la belicosa resistencia de las oligarquías nobiliarias. A su vez, cabría resumir la historia política de Europa durante siglos como pugna nunca resuelta entre el principio monárquico y el nobiliario, con frecuentes reyertas y ruptura de pactos.

De las duras pruebas de la Edad de Supervivencia, tanto la Iglesia como los poderes políticos salieron fortalecidos, y el sistema evolucionaría: las ciudades y el comercio crecieron, la servidumbre decayó y se amplió el campesinado libre, no sin luchas y revueltas. La nobleza fue diversificándose con nuevos elementos a través del dinero o la cultura, o tras pestes y guerras que llegaban a exterminar a gran parte de ella. El siglo XI inauguró la Edad de Asentamiento (Baja Edad Media), con avances decisivos sobre el islam en España y cruzadas —al cabo fracasadas— para recobrar Tierra Santa. Todavía en el siglo XIII Europa central estuvo a punto de sufrir la más destructiva invasión mongólica, última de las salidas de las

estepas asiáticas. Esta segunda edad, hacia el fin de la cual encontramos en España a los Reyes Católicos, presenció en todo el oeste europeo los movimientos románico y gótico, de cuño francopapal, y el humanista surgido en Italia. También iría prevaleciendo el principio monárquico sobre las «libertades» señoriales y locales, primero en España y luego en Francia o Inglaterra, no tanto en el Sacro Imperio.

En la Edad de Asentamiento nacieron también las universidades, en general ligadas al clero y que aventajaron a los monasterios como centros de alta cultura y extensión de la enseñanza. En ellas se generó una intensa especulación doctrinal y filosófica (escolástica), reinterpretaciones de los mensajes evangélicos, luchas intelectuales entre el papado y el imperio y entre el poder político y el religioso. Y escuelas divergentes: en esquema Oxford y París, franciscanos y dominicos. Debates alimentados por las traducciones desde el árabe, muchas de ellas en Toledo (*Escuela de Traductores*), sobre todo de Aristóteles.

El papado volvió a sufrir una dura crisis entre 1378 y 1417, el Cisma de Occidente, que amenazó dividir a los católicos entre dos, incluso tres aspirantes al papado, entre la autoridad papal y la de los concilios y entre los partidarios de la preeminencia del César y los de la del papa. En el siglo XIV unas pestes y hambrunas sin precedentes afectaron también a la religiosidad y pudieron influir en la novedad del humanismo, que marcaría la transición a una nueva era, llamada comúnmente «Moderna», y aquí «de Expansión».

Comoquiera se valore, en la Europa centroccidental fue el catolicismo el núcleo generador de la cultura y en gran

medida de la política y la economía, impidiendo una prolongación indefinida de la barbarie. Así fue hasta la revolución luterana en el siglo XVI, que dividió a la cristiandad con una tercera rama, aunque, si consideramos las tres, el cristianismo dominó en Europa hasta el siglo XVIII, cuando comenzó a ceder ante el embate de la Ilustración. Y hasta hoy continúa como el principal movimiento religioso en el continente y América, si bien sus implicaciones morales, intelectuales y políticas han perdido mucha de su antigua fuerza social e inspiradora.

En cuanto a la organización sociopolítica, el régimen estamental, con numerosos cambios y evoluciones, demostraría una extraordinaria capacidad de supervivencia. En realidad no desaparecería en Europa hasta finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, en medio de revoluciones y contiendas civiles. Ello distaba de ocurrir a finales del siglo XV, pese al surgimiento de nuevas ideas y gérmenes de reorganización social. Pero entonces iban a producirse sucesos transcendentales en la historia hispana y mundial.

II. LA HERENCIA DE LA RECONQUISTA

Hacia finales del siglo XV, pues, en España estaba a punto de ser expulsado el poder islámico, el cual avanzaba en cambio por los Balcanes, al otro extremo del Mediterráneo. Ambos fenómenos culminaban largos procesos que remitían, el uno a diez siglos atrás, con el fin del Imperio romano de occidente, y el otro a ocho siglos, con la belicosa predicación de Mahoma en Arabia. Hasta los Reyes Católicos, España había vivido casi ocho siglos de Reconquista, así llamada por ser su empeño la expulsión del poder musulmán, que había invadido la península a principios del siglo VIII. La Reconquista o Restauración, ocupó la mayor parte de las edades de Supervivencia y de Asentamiento, y constituye un fenómeno único en Europa y quizá en el mundo, que no se entendería sin tener en cuenta la España cristiana y con estado propio anterior a la invasión.

Al caer Roma, en Hispania se impusieron los visigodos de origen al parecer sueco, que habían peregrinado por las actuales Lituania, Polonia, Bielorrusia y Ucrania hasta penetrar en el Imperio romano (otra rama del mismo pueblo, los ostrogodos, se asentaría en Italia). El poder godo fue al principio, como los demás bárbaros, ajeno al país conquistado, pudiendo haber continuado sus largas migraciones y pasar al norte de África, como habían hecho vándalos y alanos. Pero tal ajenidad cambió hacia 570 con el rey Leovigildo, en quien se distingue un designio de